



© Antonio Tejerina, 2014  
Diseño de cubierta: Fernando Acevedo y A. Tejerina.  
Foto de solapa: Juan G. Rodríguez.  
Texto Solapa: Javier Durán Tortonda.

Depósito Legal: AB-11-2014  
I.S.B.N.: 978-84-16049-14-1  
Impreso en España

**UNO**  
**EDITORIAL**

unoeditorial.com  
info@unoeditorial.com

La reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, no autorizada por los autores y editores viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

# MELODÍAS PARA MORIR O MATAR

ANTONIO TEJERINA

**U**



*A mi hermano Adri, a Pele  
y a todas aquellas personas a las que,  
de una manera o de otra, echo de menos.*





**CARA**



**A**



... Puedo determinar, pues, que este hombre posee la plenitud de sus facultades mentales y es completamente consciente de sus actos. Por tanto, su estado mental no debería esgrimirse como un atenuante de la pena.





Abrí el garaje a mano, el mando no tenía pilas, soy un desastre, nunca me acuerdo de cambiarlas. El coche estaba recién lavado, como engalanado para la ocasión... ¡Perder sí, pero siempre con elegancia!

Cogí la goma de la manguera, la desenganché del grifo y la metí por la ventanilla del copiloto. ¡Mierda!, ¿por qué no tendré un coche con elevelunas eléctricos? Me costó un huevo dejar la goma pillada con el cristal: o no cabía o se caía. Cuando al fin conseguí dejarla bien colocada fui a enganchar el otro extremo al tubo de escape, sujeta con abundante cinta americana. No importaba lo largo que resultara el viaje, ayer llené el depósito. Me subí y encendí el contacto... En el radiocasete había una vieja cinta de Bob Dylan, sonaba *“Restless Farewell”*. La canción en un momento dado dice: “El cártel de la esquina dice que es hora de cerrar. Así que diré adiós y me echaré a la carretera. La porquería de los chismes me salpica la cara y me cubre todo el cuerpo el polvo de los rumores. Resistiré y seguiré siendo como soy. Y diré adiós y me importará un bledo”.

Me pareció de lo más apropiada... ¡Perder sí, pero siempre con elegancia!

El habitáculo del coche se iba llenando paulatinamente de humo mientras yo me iba quedando plácidamente dormido.

Hasta que la alarma del puto móvil me arrebatara mi dulce

sueño. Y así una noche tras otra, desde hace ya ni sé cuánto tiempo. Para la mayoría de la gente eso sería una horrible pesadilla, pero para mí la pesadilla empieza justamente después, cuando suena el despertador y me despierto solo, abrazando una almohada. Acosado por las deudas, teniendo que elegir entre vivir o pagar la hipoteca. Enfrentándome a mi monótona vida de mentira, reconociéndome incapaz de mejorarla, y mucho menos de ponerle fin. No puedo matarme, me faltan huevos para eso... Lo he intentado muchas veces, en las cicatrices de mis muñecas se podría calcular mi edad como en el tronco de los árboles cortados. Pero al final siempre me rilo, me faltan huevos para matarme, siempre me agarro a cualquier farolillo que me haga pensar que mañana nada va a ser igual.

Pero sí, mañana, pasado, el otro y el otro siempre son iguales...



Hace falta ser muy gañán para estar currando siempre que los demás están de fiesta. Claro que si su fiesta consiste en subirse en vagonetuchas de tercera, que no controlan ellos, para bajarse a los tres minutos mareados y con ganas de vomitar... Yo casi prefiero verlos desde abajo, desde mi cabina de taquillero del Parque De Atracciones. Total, ponerte en manos de otros y acabar la mayoría de las veces con el estómago revuelto y con ganas de vomitar es lo que hacemos todos en el trabajo y en la vida, y no es precisamente divertido, que se diga.

Al menos por esto me pagan. Y además me resulta muy terapéutico, porque veo llegar a la taquilla a esas familias tan perfectas: los tres hijitos vestidos igual y la MILF (*Mom I'd Like to Fuck*) teñida de rubio platino y con un moreno poco verosímil para estar a 6 de diciembre, superdispuesta a mezclarse con la chusma de barrios periféricos con tal de que sus vástagos, aspirantes a notarios sin ellos saberlo, pasen un buen rato en el Parque De Atracciones, y yo me reconforto pensando que no aportaré enanos a este circo.

¿Y el careto del niño? Todo excitado y sudoroso, con sus treinta euros en la mano, ansioso porque llegue su turno y le des su calcomanía: la llave que le abre una puerta a un rato de "felicidad". Y tú lo miras con ternura pensando en que lo que hoy es una entrada al Parque De Atracciones, mañana

será un gramo de farlopa. Y es que en realidad es a esto a lo que se deberían referir nuestras abuelas cuando decían aquello de que *una cosa lleva a la otra...* No es, como decían ellas, que pases del porro a la heroína sin solución de continuidad, sino más bien que en todo momento necesitas una puerta a la felicidad. Cuando eres niño basta con una tarde en el Parque De Atracciones, después cada uno va buscando la suya: la cocaína, el alcohol, la adrenalina... lo que sea. Lo que está claro es que, esta vida, sereno no hay Dios que se la trague. Para hacerla comestible requiere de muchos conservantes, colorantes y, sobre todo, edulcorantes.

En cuanto a mí, aquel día, como todos los días, estaba deseando que llegara la hora de salir para irme a tomar unas cañas con Emilio, el mejor momento del día desde hacía años, y después a currar al bar hasta las 04:00 de la mañana. ¡Eso sí que es vida!

En el metro iba escuchando el *White Light, White Heat, White Trash* de Social Distortion a tope y leyendo *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, no para hacerme el intelectual, sino porque cualquier cosa que me aleje un poco de este mundo y me evite hablar con desconocidos me va bien. Se ve que me tomé demasiado a la tremenda aquel consejo infantil de “No hables con desconocidos, y mucho menos cosas nada de lo que te den, no vayan a ser caramelos de toma y vente conmigo”. ¡Como si alguien diera algo gratis aquí! Aquí no es gratis ni la primera, en contra de lo que piensen las abuelas.

Cuando llegué al 2D me extrañó mucho no ver a Emilio, él siempre era muy puntual, y yo, para no variar, llegaba quince minutos tarde. Decidí hacer tiempo tomando algo. Amara se sorprendió mucho cuando le pedí un té con limón:

—¿Estás malo?

—No, no siempre bebo *gin-tonic*.

—Tienes razón... a veces bebes Brugal con limón.

Y se giró sonriendo a ponerme el té.

Aquel bebedizo ardía como las puertas del infierno, y Emilio, *Tintas* para los amigos, no aparecía. Así que por no sacar mi libro y que algún espabilado me dijera que había llegado treinta años tarde a esa lectura, me puse a ojear *El País*, que andaba por allí. La verdad es que yo siempre me entero de las noticias en un bar porque, entre Freddy Kruegers, niños y zarandajas varias, no me da tiempo a saber cómo va el mundo en mi Neverland particular.

Encontré el titular perfecto que valdría para que Emilio *Tintas* y yo nos endemoniásemos y le prendiésemos fuego al mundo, como tanto nos gustaba hacer. El titular decía: “Un Barça-Madrid de récord”. De nuevo el fútbol había congregado a millones de espectadores. “¡Qué me condenen a muerte pero que no me quiten la Copa del Generalísimo!”, hubiera dicho el *Tintas* con su socarronería habitual. “¡Maldita sea! —pensé—, ¿por qué desde niño yo siempre he preferido el albariño al deporte? Si al menos mi ilusión hubiese sido fichar por el Celta igual ahora sería alguien, pero no, donde estuviera ir a vendimiar con mi abuelo que se quitase todo lo demás”. De hecho, encantándome *Los Enemigos*, y la canción “*Septiembre*” en particular, nunca entendí por qué Josele Santiago no pensaba vendimiar en septiembre. Yo solo quería vendimiar con mi abuelo en septiembre y tener una banda de rock. Y como eso no llegó estudié Historia, que solo me reportó la frustración de saber que casi siempre vencen los peores, algún quesito en el Trivial, una cátedra de mus, un número indeterminado de borracheras y

algún que otro polvo, nada memorable, en el cuartucho de la asociación de estudiantes, cuando todavía creía que se podía cambiar el mundo.

Tras acabar de ojear el periódico se lo pasé al larguirucho contorsionista de anchas patillas, que se estaba dislocando el cuello para poder leerlo al mismo tiempo que yo:

—¡Ten cuidado que así empezó Ramón Sampedro, y mira!

Me miró con una cara que mezclaba, a partes iguales, asco y condescendencia y se zambulló en la lectura. Y yo me marché a buscar al Tintas, preguntándome qué querría leer alguien que devoraba con esa avidez el periódico como para no poder esperar a que otra persona lo terminara y leerlo tranquilamente. ¡Como no estuviera buscando la esquila de su padre multimillonario!

Empecé nuestra habitual ruta sacra por el principio, el Sandos, que estaba casi vacío. Arriba solo había una pareja en plena ebullición que mientras esperaban su pizza se comían con los ojos y se acariciaban con cara de no haber visto nunca a nadie igual. Si vivían lejos, las pizzas quizás llegaran frías... Ellos, seguro que no.

Al no ver a Emilio, salí sin pedir nada. Aquel apetitoso olor a *mozzarella*, tomate, anchoas y alcaparras me estaba dando hambre, y no tenía tiempo para cenar, tenía una hora y media, escasa, para encontrar al Tintas, arreglar el mundo con unas cañas y unas alitas de pollo e irnos a currar. “Con clientes como tú no se pagan las letras”, me increpó Santi antes de que la puerta se cerrara tras de mí.

Por la calle no había un alma, salvo alguna china que deambulaba con su carrito y un grupito de *municipas* de los de Ray-Ban y patillita fina. ¡Es acojonante lo bien que se llevan en Madrid los chinos y los municipales! Si eres negro, vendes

gafas de sol y pañuelos palestinos y los ves venir, más te vale echar a correr —claro que todo el que haya visto alguna vez un mundial de atletismo sabe que uno de Parla contra un keniatá no tiene nada que hacer—. Ahora bien, si eres chino y vendes *birras*, en este Madrid tan beato nadie te impide cumplir con el precepto bíblico y dar de beber al sediento.

Llegué al Angie, que para no defraudar me recibió con “*Happy*”, de los X-pensive Winos. Allí tampoco estaba el Tintas ni se le había visto, aunque se le esperaba, como siempre. Pero aquella canción merecía un festejo, así que pedí un *gin-tonic*. El tema dura unos siete minutos, tiempo más que suficiente para beberme una copa relajadamente. Dos italianas charlaban animosamente al fondo de la barra sobre lo contentas que estaban de haber encontrado piso en Malasaña para pasar su erasmus, ya que en la guía *Trotamundos* lo definían como “Un barrio noctámbulo y bohemio, ideal para jóvenes”. Pensé que, si quisieran, no me importaría nada ser su guía particular..., pero tenía cosas más importantes que hacer. Tenía que encontrar al Tintas, no podía renunciar a mi dosis diaria de sabiduría.

En La Vía, Oki me dijo:

—No solo no lo he visto, sino que ayer no vino a correr... Pero bueno, avisó, me dijo: “Mañana no contéis conmigo, es víspera de festivo, salen muchos subnormales y yo paso de lidiar con ellos”. Yo pensé que al final vendría, pero ya sabes cómo es.

Todo me resultaba muy extraño, Emilio vivía en la calle, se alimentaba de tratar con la gente, aunque la mayoría le acabaran resultando insoportables. No me imaginaba al Tintas sentadito en su casa, con unas pantuflas viendo *El Hormiguero*, pero iba a ir a buscarlo, por si acaso, si conseguía

recordar el portal, claro. Siempre que nos acompañábamos a casa era porque ambos íbamos algo desnortados, y el que se consideraba mejor *sherpa* aquella noche guiaba al otro a su casa. Sin besito de buenas noches, ¡eh!

Contra todo pronóstico, no me costó encontrar la casa, yo sabía que estaba hacia la mitad de la calle Molino de Viento y que la puerta era de metal, pintada de verde pistacho. Como el telefonillo parecía no funcionar, esperé a que saliera o entrara alguien. El que salió resultó ser un chaval muy majo, en pleno diciembre con su camiseta de tirantes de los Raiders y una gorra de esas que en la visera podría aterrizar un Boeing 747. “Hay que ver el daño que ha hecho *Fama*”, pensé.

—¿Sabes quién es el Tintas? —le pregunté.

—¿Quién?, ¿el señor ese mayor que vive en el bajo?

—Sí, ese, ¿lo has visto?

—No, estos días no, pero pasa si quieres.

Miré por una pequeña ventana, que daba al portal. Se veía una tenue luz, no alcanzaba a distinguir nada. “¡Tintas!, ¡Tintas!, ¡Tintas!”, grité sin éxito. Me quedé afónico enseguida. Los pusilánimes estamos programados para ser mandados, no para mandar, y por eso no sabemos dar voces.

Al callarme me pareció oír un murmullo, como de una radio, pegué bien la oreja, y no había duda, el sonido salía de su casa. E incluso escuché una cortinilla de *Hora 25*. Era la radio del Tintas, su *fiel amante*, como él la llama. El Tintas nunca salía de casa dejando a su fiel amante predicando en el desierto, lo consideraba una falta de respeto. “Además, las pilas son caras y contaminan mucho”, solía decir.

Me inquieté mucho, pensé en llamar a la policía, pero qué les iba a decir:

—Buenas noches. Mire, señor agente, estoy llamando a



un amigo y no me abre. Hagan el favor de venir a tirarle la puerta abajo.

—Si mi suegra me tirara la puerta abajo cada vez que no le abro cuando viene a visitarnos... mi cerrajero ya sería presidente del Real Madrid —respondería el madero.

—No, hombre, a ustedes les ampara la ley Corcuera.

... No, no era viable... Además de pensar en la bronca que me echaría el Tintas si le meto la *madera* en casa mientras él simplemente ha decidido pedir el visado para salir de Malasaña y está dando un paseo por barrios más lejanos. Ya me lo imaginaba diciéndome: “La próxima vez que te llame al telefonillo y no contestes voy a llamar a los GEO, buen samaritanito de los cojones”... o algo parecido.

Miré la puerta, era de madera y parecía bastante endeble. Saqué mi cartera, la vacié atropelladamente y vi que de todas las zarandajas inútiles que cargaba en ella, la única que me podía servir de ayuda en ese momento era una tarjeta de fidelidad a Desigual. Ahora solo era cuestión de refrescar viejos conocimientos de infancia. Metí la tarjeta entre el marco y la puerta, la desplacé hacia abajo hasta que se topó con el pasador del pomo. Busqué la holgura y tiré hacia la izquierda y abajo, mientras empujaba levemente con la cadera. La puerta no tardó en ceder con un chasquido sordo. Por un momento me invadió la satisfacción de sentirme como el Superagente 86, pero la alegría duró poco...